

se dignó darnos sobre exclaustación, un apreciable amigo, religioso del apostólico Colegio de Guadalupe.

Dice así:

«La expulsión se verificó de un modo violento el día 1^o de Agosto de 1859 á consecuencia de un motin popular acaecido la noche precedente, cuyo origen y tendencias se ignoraban. Las diversas vicisitudes por donde tuvo que pasar la comunidad exclaustada, fueron el fin principal de unos apuntes que *hize y ya no tengo*. Por una coincidencia notable hay una semejanza entre la historia de los guadalupanos religiosos expulsos y la de los trapenses del Valle santo, expulsos en Francia en 1793, Y así como estos terminaron su gloriosa carrera con la fundación de la Trapa de santa Susana, en el pueblo de Maella, en España, Provincia de Aragon; así tambien aquellos dieron la última señal de una existencia vigorosa, fundando el Colegio de la Inmaculada Concepción, en Cholula, Estado de Puebla, el año de 1861.»

«Esa semejanza entre ambas comunidades, supuestas las variaciones indispensables de tiempo y lugar, la notará cualquiera que les el apéndice á la vida de Rancé, escrita por Chateaubriand.»

«Difícil es conservar en la memoria los nombres de los religiosos esclaustrados. Su número total fué el de ciento treinta y tres, de los cuales fueron sesenta y cuatro sacerdotes, treinta y tres coristas, quince legos y veintium donados.»

CAPITULO XXXVI.

El Colegio despues de la esclaustracion, Noticias interesantes sobre la Santa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, que se ve es el altar mayor del mismo Colegio.

NADA mas triste que contemplar la desolacion del apostólico Colegio de Guadalupe.

Luego que la venerable comunidad fué sacada con suma crueldad, del sagrado recinto de aquel muy venerable claustro, entró una turba á tomar y destruir los mas apreciables objetos que allí habia.

La famosa biblioteca que se componia ee algunos millones de volumenes, que contenia preciosidades historicas, y cientificas, fué destruida absolutamente, A montones y en carros llevaban los libros para Zacatecas, ti-

rando algunos por el camino. El Sr. Cura de Tlaltenango, Lic. D. Rafael Herrera, pidió algunos volúmenes al gobierno, quizá con el fin de salvarlos, y los condujo á su curato.

No comprendemos como cuando se decia que se trataba de progreso y de ilustracion, se destruian dos fuentes principales de ilustracion y de progreso, cuales eran los monasterios y los libros. A los primeros se les ha querido llamar antiguayas y retroceso; pero es falso, absolutamente falso, que les convengan tales nombres. Véase la historia, pregúntese á la Europa, á la América, á todo el universo; un mentis solemne será la respuesta.

Pasado el frenesí con que se efectuó la exclaustacion de Guadalupe y la desolacion lamentable de esa santa casa, todo quedó en un silencio sepulcral. Ya no se practicaban en el templo, al compas del órgano melodioso, los oficios sagrados: no resonaban en el desierto coro las alabanzas divinas: no se oian en el claustro los pasos mesurados de los religiosos, ni el ruido imponente que al andar producian sus hábitos y sus rosarios: no se escuchaba el murmullo misterioso de los que estudiaban en las clases; ni en el fondo de las celdas se escuchaba siquiera uno de los ardientes suspiros que se exhalaban y subian hasta el cielo..... Todo estaba hundido en un silencio melancólico, todo era soledad, tristeza y desolacion.

Poco despues de haber exclaustrado á aquella involvidable comunidad, dió el gobierno de Zacatecas orden terminante para que dentro de muy corto y preteritorio tiem-

po, fuera arrasado el edificio, sin dejar piedra sobre piedra, como se hacia en los tiempos de oscurantismo y de barbarie.

Para llevar á efecto esa destruccion, que tanto desdeñó al carácter mejicano, y para que el pueblo no se opusiera, se halagó á este prometiéndole las puertas, las ventanas, la madera toda del edificio.

Las barras, los azadones, las talhachas y las hachas se iban á cebar en la fatal obra de devastacion y de aniquilamiento; pero esta no se efectuó..... Una mano invisible, poderosa é irresistible, frustró todo; y el edificio venerable quedó en pié.

Poco tiempo despues, la profanacion entró á donde la destruccion no habia podido entrar. Asi lo permitió el Señor por sus juicios inescrutables.

Se quiso convertir el Colegio en escuela de artes, se dieron para ello las disposiciones conducentes y se efectuó el plan; pero duró poco tiempo el establecimiento artístico.

Despues apareció entrelas santas paredes de Guadalupe, una escuela protestante; ese cúmulo de contradicciones y heregías que ya causan nausea á Europa y al mundo todo. Allí en donde poco antes se estudiaban las Santas Escrituras conforme á las explicaciones de los intérpretes sagrados, á las de la santa Iglesia inspirada y asistida por el Espíritu Santo; se iba á estudiar la Biblia trunca y alterada, entendida y explicada por el voluble juicio privado de los hombres: allí en donde antes se alababa y veneraba á la Santísima Madre de Jesucristo, se iban á dar

señar las impías doctrinas que enseñan á despreciarla y á negar sus dones, su santidad, su grandeza y la veneración que como Madre verdadera de un Dios verdadero, se le debe de rigurosa justicia.

La escuela protestante desapareció como por encanto y le sustiyó una fábrica de cerillos que acabó con un ligero incendio.

¡Entraron al santo claustro de Guadalupe, los soldados! ¡El Colegio se transformó en cuartel! Ya se deja ver cuántas y cuán grandes serian las profanaciones.

¡Qué mexicano patriota, católico y nada alusinado, no lamentaria ese cuadro tan sombrío? ¡Cómo fueron á caer en la hermosa México, manchas tan negras! ¡Y que sea indispensable consignar á la historia estos hechos! ¡Que no podamos sepultarlos bajo una lápida de granito, para que nada sepan de él las generaciones futuras! La historia podia, aunque faltándole á su deber, callar esos hechos; ¿pero cuándo ha guardado silencio y sigilo la tradicion? Esta hablaria muy alto aunque callara aquella.

El único remedio que hay en tal conflicto, es reparar los males cometidos: Cuando la penitencia aparece al lado del pecado, el pecador recobra su honra, como recobra el perdon. Entonces se dice: pecó y lavó su mancha.

Para remediar los actuales males de nuestro desgraciado país, no se necesita la exaltacion de los ánimos, y mucho menos la guerra fratricida; al contrario, se necesita la paz fraternal, para que por medio de una perfec-

ta union se tenga calma para pensar y orar al cielo, de donde únicamente viene el verdadero bien y la verdadera felicidad individual y social. Quiera Dios que los mexicanos nos unamos fraternalmente, que se calme la exaltacion de las ideas y de las pasiones, que se cierren los oidos á las malas doctrinas extrangeras, y que todos trabajemos para edificar, ya que hasta aquí no hemos hecho sino destruir; y destruir en todos los órdenes, como son el material, el intelectual, el moral y el religioso.

No nos obstinemos, no sea que el cielo se irrite mas, y nos prive de todos los bienes con que ha enriquecido á nuestro país. Israel fué ingrato y obstinado y perdió la tierra que manaba leche y miel, perdió su independencia, su libertad, sus derechos, su patria y su religion. La historia es maestra sábia y severa de las naciones. Escuchadla.

Volvamos á nuestro Colegio, tan célebre en México y tan querido de los buenos zacatecanos. Un sábio autor dijo tambien, que nuestro Colegio de Guadalupe era uno de los más célebres, no solo de México, sino de todo el mundo católico. Volvamos á él. ¿Pero á qué volvemos? ¿á contemplar desolacion y ruinas? Sí, únicamente á eso. En otra vez dije en una de mis humildes obras, y ahora lo repito:

Lloremos sobre el antiguo Colegio de Guadalupe de Zacatecas. ¿Qué nos importan las burlas y locas risotadas de los fanáticos en racionalismo, en materialismo, en protestantismo y en impiedad? Oímos sus burlas satá-

nicas con desprecio, y á ellos los vemos con compasion.

Nosotros gustamos de sentarnos en un rincon del atrio de Guadalupe, y allí, bajo la sombra de los antiguos cipreses, escuchando el gemido que el viento forma en sus elevadas cimas, contemplamos el antiguo Colegio de cuya existencia floreciente fuimos testigos. Un desahogo, si bien melancólico, tambien dulce, experimenta nuestro corazon cuando en el jardin del patio llamado de San Francisco, mezclamos nuestras lágrimas, arrancadas por recuerdos, con la marmurante fuentecilla que riega las rojas dalias y las pálidas retamas, tan tristes como nuestro corazon, y tan frescas como la memoria que de Guadalupe conservamos.

Nosotros tenemos descanso y consuelo, cuando entramos en la espaciosa huerta, nos sentamos á las márgenes de una corriente y bajo las copas de los árboles y traíamos á la memoria las virtudes, el saber y la amabilidad de los religiosos de Guadalupe. Allí lloramos de nuevo y mezclamos nuestros ardientes suspiros con el suave ambiente que embalsaman las flores.

¡Oh Colegio de la amabilísima María de Guadalupe! el tiempo con su dura mano te destruye!

¡Habitation augusta de la paz: nosotros recibimos en tí favores y cariño de tus virtuosos moradores: en tí el cielo consoló nuestra alma, que como la paloma del arca no halló en la tierra donde fijar su pié. En tí aprendimos, ó por lo menos recibimos, sábias lecciones de la ciencia de los santos: en tí supimos cuán bueno es el Se-

ñor con los que buscan y lo aman. En tí... pero ese idioma que se habla por los ojos, y que es el corazon liquidado, te dirá cuanto te amamos, y que jamas te olvidaremos.....!

El sábio autor de la *«Introduccion á la historia de los monjes de occidente»* lamenta la destruccion de los monasterios exclamando: "Ahora todo ha desaparecido, esa fuente de felicidad, la mas pura y la mas inofensiva que haya existido en la tierra, está agotada. Ese rio generoso que corria á traves de las edades y de las olas de una inmensa y fecunda intercesion, se ha secado. Diríase que un entredicho ha caido sobre el mundo. La voz melodiosa de los monjes se ha callado entre nosotros, voz que se elevaba noche y dia, del seno de mil santuarios, para aplacar la cólera celeste, y que derramaba en el corazon de los cristianos tanta paz y alegría."

«Cayeron ya esas caras y hermosas iglesias en donde tantas generaciones de nuestros padres iban á buscar consuelo, valor y fortaleza para luchar contra los males de la vida. Esos claustros que servian de asilo tan seguro y tan digno á las artes y á todas las ciencias, donde encontraban alivio todas las miserias del hombre, donde el hambre hallaba siempre con qué satisfacerse, la desnudez con qué vestirse y la ignorancia con qué ilustrarse: no son ya sino ruinas holladas por mil profanaciones tan diversamente innobles. Esos lugares donde habitaba el pensamiento de Dios, desde donde irradiaba, no ha mucho tiempo, sobre el mundo entero una luz tan pura, con sombras tan

frescas y saludables, no se parecen ya mas que á esas cúspides de montes sin vegetacion, que se encuentran acá y allá transformadas en rocas áridas y destruidas por el hacha destructora, y en donde no volverá á nacer ni un retoño de árbol.»

Así exclamaba un sábio, y así exclamamos nosotros al ver la desolacion de Guadalupe.

¿Y quién podrá escribir la triste historia de una obra del Señor destruida por los hombres, sin lamentar esa triste destruccion?

El repetido conde de Montalambert, observa: «Jamás la Iglesia ha fundado directamente una órden religiosa; este es un hecho incontestable. Para fundarla se necesitaron hombres suscitados y destinados especialmente por Dios á tal objeto: Benitos, Franciscos, Domingos ó Ignacio. La Iglesia las aprueba y anima; pero no las cria por un acto de autoridad.»

Segun esta observacion, las instituciones monásticas son dispuestas inmediatamente por la Providencia divina, que vela sobre el mundo, y especialmente sobre la Iglesia. Hé aquí unas reflexiones que nos dán la mas elevada y justa idea de esas santas instituciones. ¿Serán pues, dignas ó no de desearse y de que se llore su pérdida?

Mas dejemos de ver las ruinas materiales de nuestro monasterio guadalupano, y dirijámosle á la santa comunidad dispersa. ¿Qué se hizo de esos mexicanos sábios, virtuosos, patriotas y benéficos? Se dispersaron como se dispersara un hato de inocentes ovejas cuando cae un

lo bo sanguinario y rapaz sobre el lugar donde permanecian tranquilas.

Los religiosos de Guadalupe, desechados por Zacatecas ingrato, se fueron reuniendo poco á poco en el Convento de S. Fernando de México, porque todavia no llegaba por allá el aquilon desatado de la exclaustacion general.

Su soplo furibundo llegó al fin generalmente á todos los claustros de la república, hasta á los de las inocentes esposas de Jesucristo. Entonces los religiosos guadalupanos hicieron lo que todos los exclaustados de México; cada uno se fué á donde pudo procurando, á pesar del traje secular que se les obligó á llevar, no perder de vista que eran hijos del Serafin de Asis, ministros del Señor, discípulos del perseguido divino Misionero de Nazareth.

Todos se vieron precisados á buscar el sustento recurriendo á la caridad de personas piadosas, y á servir en el santo ministerio en las haciendas, pueblos ó ciudades en que se establecian.

¡Cuántos trabajos, cuánta escases, cuánta tristeza, cuántos padecimientos, hemos visto en estos venerables perseguidos!

¡Lloran! Pero bienaventurados son por su llanto.

¡Son perseguidos! Pero deben consolarse porque el Salvador dice: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos

.....

Mas apartemos ya la vista de cuadros tan tréstreos, capaces de mover todo corazón, que no haya perdido por el vicio ó por el error, los sentimientos naturales que se unen con la religion verdadera de Jesucristo.

Descansemos de nuestras tristes reflexiones históricas y busquemos desahogo contemplando un monumento celestial: la Imágen de la Santísima Virgen de Guadalupe, del mismo Colegio.

Es histórico é incuestionable que la santa Imágen de María, que brilla hermosa como la luna en su plenitud en el centro del altar mayor del templo de Guadalupe, fué mandada pintar por el mismo santo fundador V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, al fundarse esa santa casa.

Sabemos de buena letra, que el V. P. llevó consigo á la Colegiata de Guadalupe de México, un buen pintor para que sacase esa hermosa cópia de aquella maravilla celestial que formaron las divinas manos del Señor en un tosco ayate, que es por cierto nuestro paño de lágrimas, mas suave para nuestra alma que una tela delicada.

Antes de comenzar la cópia, el V. P. le aconsejó al pintor que recibiese los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y luego le mandó que no pintase sino en el tiempo en que el mismo V. P. celebraba el santo sacrificio de la Misa. Así se hizo, y la cópia salió hermosísima y parecida, en cuanto fué posible, á la original.

Tal es el origen de esa bella Imágen de la Santísima Virgen que se colocó en el Colegio mariano que lleva el nombre de nuestra tierna Madre.

Para gloria del Señor y de la Santísima Virgen, referiré un caso sucedido á mí mismo ante esa santa Imágen.

Desde mi infancia, mis virtuosos padres me inspiraron con sus instrucciones verbales y con su ejemplo, la devocion á la Santísima Virgen, por un favor especial del Supremo Autor de todo bien verdadero.

Me hize de una Imágen de la Santísima Virgen, en su advocacion del Refugio, cuya Imágen conservo aún, y que fué la que se ponía en un estandarte del Colegio. La hermosura de esta Imágen me hizo preferir ese título.

Despues, no sé por qué cosa, me fijé en la Imágen que llamamos de la Purísima.

Como por el año de 1849 me ocurrió un negocio de suma importancia, que presentaba una gran dificultad y que ocasionaba una duda en mi mente que me mortificaba. Con objeto de salir de mi duda y obrar con seguridad de conciencia en mi negocio, marché desde Zacatecas al Colegio de Guadalupe, para consultar con un religioso, sobre el indicado asunto. Llegué al Colegio, entré por la puerta del campo, me dirigí á la sacristía y me hiqué en la puerta del presbiterio ante la linda imágen de Guadalupe. Mi corazón sintió gran dulzura; y me preparaba para hacer mi consulta, cuando se llenó de luz mi pobre inteligencia. Comprendí por mí mismo la resolucion del negocio; con tal claridad, que me pareció ya del todo innecesario consultar, y me volví consolado, sabiendo claramente lo que Dios queria que hiciese. Este fué un favor de los muchos que la Santísima Virgen me

ha dispensado, á pesar de mi muy imperfecta devocion y de mi absoluta indignidad. Desde ese momento feliz me arrebató de nuevo el carazon la Santísima Virgen, haciéndome preferir su título de Guadalupe, que, segun muy probable opinion, abraza todos los demas títulos ó advocaciones.

Es bella, muy bella esa santa imágen del Colegio de Guadalupe. Creemos que será una de las mejores cópias de la original, segun lo que hemos referido, y debe haceree especial memoria de ella en la historia de su apostólica casa.

El marco es de metal, é igual al que tiene la Virgen celestial de la Colegiata de México.

Tiene esa bella cópia un anillo cuya piedra brilla como una radiante estrella. No se sabe como pudo ponerse un anillo de oro con una piedra, en una imágen de pintura.

Ese anillo encierra una historia, un misterio y el cañño que tiene la Santísima Madre del Señor al Colegio de Guadalupe.

CAPITULO XXXVII.

Cuadro del Colegio, considerado bajo sus aspectos fisico, científico, religioso y social.

EL valle en que está situado el apostólico Colegio de Guadalupe, es muy extenso y bello. Comienza al pié de la serranía de Zacatecas y va á terminar al Sur con la azulada cordillera de Candelaria; al Oriente con pintorezas colinas, y al Norte se extiende á muchas leguas terminando con algunas cimas azules que se confunden con el azul del cielo.

El temperamento del hermoso valle, es muy frio y reseco; pero el terreno es feráz.

El venerable edificio tiene trecientas varas castellanas de longitud, de Oriente á Poniente, y ciento cincuenta de latitud, de Norte á Sud. Su frontispicio vé al Poniente.